

Aldo Torres Púa

Preludio de la frontera

I



FRONTERA, oh tierra de la tierra, en
[donde
mi corazón llegó a la altura exacta
para florecer.

¡Oh, tu poblado azul de nubes blancas!

Iluminaste el mar de mi memoria
con tus ríos, tus valles, tus montañas;
con tu luna de sangre en los estíos
y tu noche a favor de las mañanas.

Oh pueblos y ciudades, donde el campo,
cabalgando sus meses, sus semanas
—sus meses tristes, sus semanas tristes—
la espesa sal de los caminos lava.

Me conmueven tus bueyes taciturnos,
fieles, igual que si tuvieran alma;
tiernos, en la preparación fecunda
de la dorada
sementera que explota en flor de harina
y de esperanza,
cuyo aliento vital debe algún día
labrar el nuevo escudo de la patria.

No morirá el eterno abril de niños
de tus escuelas de tostadas tablas,
en violento abanico, disparados,
por la tarde, al océano del mañana.

Frontera, oh tierra de la tierra, pongo
la espiga de mi voz en tus espaldas;
ella remate la estructura lenta
de tus torres... ¡Que sea tu campanal

II

He venido a poner mi pie en la tierra,
he venido a beber el vaso de agua
de la Frontera, a darle
verde acero de luz a mi palabra.

Mi estatura dormía en estos surcos,
en una adolescencia prolongada;
con su bronce dorado, los estíos,
el dormido de mi alma, despertaban.

Acude a mi pupila el estrellado
familiar de tu noche desvelada;
la Cruz del Sur sobre los Andes cae
cual un hierro que parte y que socava.

Yo leía en el árbol solitario
el épico lenguaje de la savia;
iban a desposarse, Tierra y Cielo,
sobre el lejano altar de la montaña.

Frontera, oh tierra de la tierra, vuelvo
a ver cómo la espiga se levanta;
vuelvo a estrechar la encallecida mano
labriega que la siembra y la desgrana.

Vuelvo a sentir el germinal latido.
la nota, en la canción, multiplicada;
vuelvo al abecedario de las cosas
y en tu varilla humilde, a ver mi espada.

Frontera, oh tierra de la tierra, quiero
soñar, con mi raíz en tus entrañas,
entre otros rostros, asomado al cielo
y a tu estrella inmortal que no se apaga.